



PRISMAL
CABRAL

University of Maryland

Facultad de Humanidades
UR-RF
SMJEG
Seminaro Multidisciplinario
José Emilio González

1306691

La navaja de Olofé

Lugar de la acción.

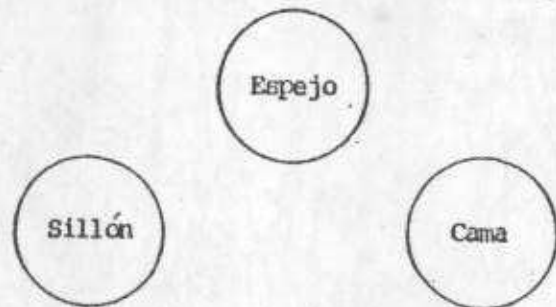
Santiago de Cuba. Primera mitad del siglo XX. Época de los carnavales santiagueros.

Personajes:

Un hombre y una mujer.

Escenografía:

Al fondo, puerta tradicional de la Cuba colonial, de persianas, con arco de medio punto y vitrales de varios colores. La escenografía tendrá tres áreas de acción que ayudarán a establecer la correlación dual de los personajes.



Un gran espejo al centro centralizará la acción. Es el área narcisista del hombre, que al descorrerse el telón se estará afeitando con una navaja de barbero. El acto de vestirse nunca se llevará a efecto. Se tratará de un proceso ritual que no llega a su fin. Los detalles, en su

mayor parte, quedarán a libertad del director. En algún momento retocará con sumo cuidado unos zapatos de dos tonos, que podrán estar sobre una mesita colocada junto al espejo. También podrá haber una percha, de la que cuelgue un juego de guayabera y pantalones inmaculadamente blancos. El área del espejo es el área del hombre, donde se desarrolla el acto narcisista de adorarse a sí mismo, así como la ceremonia de adoración de la mujer. Ambos personajes son mulatos. El tiene unos veinte años. Ella tendrá unos cuarenta años. Por momentos resultará muy atractiva, pero en otros instantes dará la impresión de estar prematuramente envejecida.

El área de acción de la mujer, cuando represente el carácter de la madre, será la del sillón; como la amante, la acción tendrá lugar en el lecho. El frente del escenario y el área del espejo son de carácter intermedio. Se escuchará la música de las comparsas santiagueras durante los carnavales. Ritmo de tambores. Fuegos artificiales podrán iluminar la escena en ocasiones.

Mujer: (Al entrar, sorprendida). ¿Te vas? ¿Ya te estás vistiendo?

Hombre: ¿Qué te parece? ¿Que me peino o que me hago papelillos?

Mujer: Pero el Viejo no ha llegado todavía. Andará emborrachándose por la bodega de la esquina.

Hombre: ¿Y...?

Mujer: (Se acerca, lo acaricia) Nada...

Hombre: Nada. Eso es lo que te digo.

Mujer: (Mismo juego). Nada... Rico... (Se separa y se tira en la cama). ¿Ven...! Otra vez...

Hay tiempo todavía...

Hombre: (La mira, indeciso, pero después se sigue afeitando) No, carajo. ¡Déjate de tanta putería!

Mujer: (Se queda todavía en el lecho, en éxtasis. Se incorpora, se arregla los cabellos, mira al sillón, se pone de pie). ¡Santiago está que arde! Chango se ha tirado para la calle. No se puede dar un paso...

(Baila) Oculé Maya, oculé Maya,
Negro prieto ¿dónde tu estás?
Oculé Maya, oculé Maya,
Negro prieto ¿dónde tu vas...?

(Se acerca al sillón y, sin sentarse, empieza a mecerlo, cantando una canción de cuna)

Drume, drume Changocito
que Yemayá te quiere a ti...
Drume, drume Changocito
que Ochún pregunta por ti...

Mujer: (Se sienta en el sillón). Ten cuidado, hijo. No tomes mucho esta noche y ten cuidado con la navaja, que tiene la media luna.

Hombre: Cuentos, mamá, cuentos...

Mujer: Esa vida que tú llevas tiene forma de cuchillo. Me lo dijo Olofé, vestido de mariposa. (Canta)

Drume, drume Changocito
que Yemayá tiene un regalito...
Drume, negro bonito,
que no se despierte, mi changocito

Hombre: Y ¿desde cuándo Olofé se viste de mariposa? Será por los carnavales. La gente se desbarata por estas fiestas. Y yo también, pero no me muero. Dile a Olofé que se vista de negro viejo...

Mujer: La fiesta.. La conga... La rumba... El toque de tambor...

Hombre: ¡Hay que arrollar! Nadie puede quedarse en

casal

Mujer: Yo no, negrito de azúcar prieta, porque soy Olofé vestida de negra vieja.

Hombre: Hoy se goza de lo lindo. ¡Como nunca!

Mujer: ¡Pero no yo, que ya soy gandinga con quimbombó, güiro sin agua! (De pronto cae de rodillas, levanta los brazos y grita) Olofé, Olofé, sácame del pozo donde me has metido! (Transición grotesca. De rodillas, se acerca al hombre en el área del espejo. Canta Grotescamente).

Tú ves, yo no puedo caminar,
Tú ves, ya yo no puedo sinchar,
Tú ves, que yo soy negra mandinga
Tú ves, que yo soy negra sin dinga

Hombre: ¡Te voy a mear total

Mujer: (Arrastrándose, llega al lecho) ¡Olofé... Olofé... que soy negra sin...dinga...! (Transición. Riendo). ¡Ay, pero qué lindo era Olofé cuando venía por las nubes! ¡Encuerito y sin taparrabos! La madre, la vieja Olofé, estaba en la nube que ya iba a llover, y le decía llorando, porque eran lágrimas: ¡Tápate el rabito, Olofé, porque las perras te lo van a comer! Y Olofé no lo quería creer, porque Olofé el Padre le había dicho: "Mira, Olofé, no le hagas caso a los cuentos de Mamá Olofé, porque siempre hay rabo, que sigue viviendo aunque se lo corten a la lagartija!" Y Olofé era dueño del mundo, pero la vieja Olofé, mamá Olofé, lloraba y por eso empezó a llover y se hizo agua... Pero, ¡Olofé se reía del agua! (Hipnóticamente, el hombre deja de afeitarse, la mira a través del espejo). ¡Ven, Olofé, le decía la montaña, que estaba partida en dos por el valle! ¡Ven, Olofé, que yo soy Tierra Olofé, la que lo tiene todo! ¡Mira estas dos cumbres, Olofé, rico, machito

babroso, chulito de la lengua! Mira estas cumbres, Olofe, y se tocaba las puntas de los senos! ¡Yo soy Tierra Olofe, Olofe! Mira en la nube, que era un espejo, miraba Olofe a Tierra Olofe, y recorria la mirada por la montaña y bajaba al valle y entonces Olofe bajó, porque tenía hambre.

Hombre: (Volviéndose) ¿Cómo era Tierra Olofe?

Mujer: ¡Como la estás viendo! Ven, Olofe, murecon de la celba, tronco de palma, aguijante de caña, melao de Santiaqui! Ven Olofe, para que recuerdes a Tierra Olofe. ¡Recuerda, Olofe... Haz memoria, negrito lindo...

Hombre: ¿Olofe?

Mujer: Tierra Olofe

Hombre: (Ya junto a ella en la cama) ¿Olofe?

Mujer: (Juntos, en la cama) ¡Olofe, ese, que era de

todo! ¡Olofe era todo! Ven, tocame Olofe! ¡Olofe soy yo! ¡Olofe eres tú! ¡Olofe es la cama! ¡Olofe! ¡Olofe! ¡Olofe tiene de todo y da de todo! ¡Entrega y coge! ¡Quiere y se deja querer! ¡Sube y baja! ¡Besa y se deja besar! ¡Corre y salta! ¡Toca y se deja tocar! ¡Canta y baila! ¡Huele y se deja oler! ¡Come y se deja comer! ¡Olofe eres tú! ¡Olofe soy yo! ¡Vuela y nada! ¡Nada en el agua! (Ella deja caer la cabeza hacia atrás y él está a punto de besarla. La posición es la de la copula, pero se distorciona y la cabeza de ella cae hacia atrás, colgando fuera del pecho. Ella, con la voz angustiada ya, agrega:) ¡Nada... en el... agua...

Hombre: (El se va incorporando, todavía sobre ella, dejando ver su torso desnudo, en la misma posición) ¡Nada... en el... agua...! (Se separa, vuelve al espejo y se mira) ¡Olofe soy yo!

Mujer: ¡Como pasa el tiempo! (Incorporándose).

Parece que fue ayer... ¡Todavía me acuerdo cuando jugabas a la pelota y cuando te llevaba al colegio, que nunca te gusto. (Esta sentada al borde de la cama. Se pone de pie y se dirige al sillón). ¡Ay, hijo, como me puelen las piernas! (Se va acercando al sillón y canta tristemente)

Oculé Maya, oculé Maya,
Negro prieto, donde tú estás?
Oculé Maya, oculé Maya,
Negro prieto, ¿adonde tú yás?
(Se deja caer en el sillón). ¡Todavía recuerdo a la maestra aquella, ¿cómo se llamaba? ¡Juana María, que venía siempre a darme quejas de tí... Y parece que todo fue ayer... Pero no, fue hace, hace mucho tiempo... No es verdad?

Hombre: No sé, no lo recuerdo...

Mujer: Y ahora, eres un hombre hecho y derecho... Ten cuidado... Eas mujeres te tienen trastornado el eso...

Hombre: No empleces con lo de siempre.

Mujer: (Rablando ahogadamente) Los viejos a fregar... A la batea y a la cocina... Los otros a bailar y a desnudarse...

Hombre: Así es la vida.

Mujer: Las mujeres de hoy son malas, hijo. Tienes que cuidarlas.

Hombre: Que se cuiden ellas de mí...

Mujer: Como decía mi madre... Hijos, ni de

Hombre: Mira, vieja, yo no voy a seguir amarrado a tu

Mujer: Ten cuidado, hijo. Eas mulatas jóvenes, que se desnudan en un dos por tres, son candela y puedes quemarte... Acuerdate que te lo vengo

diciendo desde hace mucho tiempo! Jovenes,

Hombre: No faltara alguna medio vieja.

Mujer: (De pie, irritada, pero todavia junto al sillón) ¿Que quieres decir?

Hombre: Lo que oíste.

Mujer: Aguantar...! Maldita sea! Bonito papel... Los viejos a cuidar los nietos mientras ellos van a divertirse tras las comparas... (Ahorando, Camina hacia el espejo). ¡Que lejos están mis tiempos! Aquellas noches... El santo se me subía... Alcohol noventa con gotas de limon... ¡Ay, hijo, si hubieras conocido a tu madre en otros tiempos! Es muy triste verse como yo me veo. ¿Pero, si fuera joven gozaría, sabes? Yo también tuve mis buenos tiempos. Seria una de... ellas... ¡Sí, hace tanto tiempo! Aun recuerdo cuando aprendiste a caminar. Eras un lindo mulatco, gracioso, y todo el mundo tenia que verte contigo. Te pasabas la vida metido a las faldas y cuando tenias miedo habia te metias debajo de ellas... Allí aprendiste algunas cosas, tal vez. Entonces era yo la que iba a las comparas... Entonces era yo la que miraba en el espejo... (El hombre esta en la cama y poco a poco se dejara, llevar por el texto de la mujer, como si el recordara también, en un doble piano, de niño y de hombre). Aquella noche... El Viejo no estaba en casa y tu te habias quedado dormido en mi cama, porque tenias miedo, y te pegaste a mi... Entonces tocaron a la puerta, con un albidio creo yo, y tu, segunias dormido allí como un angelito... Yo no queria abrir... Y sabia que el Viejo no iba a ser porque se estaria emborrachando en el cafe... Tocaban suavecito y yo sentia aquel toque por todo mi cuerpo, como si me estuviera acariciando antes de llegar...

bodega de Felipe, en la fruteria de Desde hacia tiempo me venia mirando, en la

Panchita, no se... Y me decia aquellos pìtipos indecentes que tanto me gustaba oír... Despues yo venia y me encerraba contigo, y te empezaba a cantar... "Drum, drum, Changoñito..." Pero no, no servia, me mirara o me dejara de mirar, porque la mirada ya la tenia dentro y me acariciaba todo el cuerpo... (Esta mirando al hijo a través del espejo. Se vuelve y se acerca al lecho). Entonces me levante y te deje dormido, como un angelito, y yo camine a la puerta, pero no tenia que abrir, porque sabia que ya se habia metido en la casa. Que ya estaba agul. Me di cuenta que estaba agul, en el cuarto, en la cama, y cuando abrí la puerta estaba ahí, el mismísimo Oíote, más bello que nunca, más bello todavia a como lo habia visto siempre dentro de mi cabeza. Porque no era el hombre de la bodega, no, no era él. Era Oíote. Y me dijo todo aquello que ya tú sabes: "¡Ven, tocame Oíote! Oíote soy yo! Oíote eres tú!" (La posición es similar a la secuencia anterior, pero los papeles se han invertido y la mujer esta sobre el hombre. Ahora él tiene la cabeza hacia atras. Ella, erguida y hermosa, grita cabal) ¡Yo soy Oíote!

Hombre: (Violentamente, separandose) ¡Tú eres Oíote!

Mujer: (Pausa. Ella canta el lamentos)

Ocúle Maya, ocúle Maya,
Negra prieta, ¿Donde tú estas?

Ocúle Maya, ocúle Maya,
Negra prieta, ¿donde tú vas?

Los viejos a fregar... A la batea y a la cocina... Los otros a bailar y a desnudarse...

Hombre: (Cantando con otro tono)

Ocúle Maya, ocúle Maya,
Negra prieta, ¿donde tú estas?

Ocúle Maya, ocúle Maya,
Negra prieta, ¿donde tú vas?

Mujer: Estoy cansada de esto, ¿sabes? Estoy hasta el último pelo de que me dejes con las ganas y te vayas con las otras.

Hombre: Vamos, déjate de celos, tú sabes que sólo te quiero a ti.

Mujer: Eres un gallo de cresta colorada. Bien se que me estás mintiendo como si fuera la gallina más vieja del corral.

Hombre: Vamos, no te pongas así con tu negro lindo.

Mujer: (En el sillón) Los viejos a fregar... A la batea y a la cocina... Los otros a bailar y a desnudarse... El recuerdo... Los calderos y los gritos... Los nietos...

Hombre: Esta noche te voy a mandar a hacer los más lindos. Dentro de nueve meses las gallinas santiaqueras empezaran a poner huevos gigantes de los que saldrán alegres gallos colorados.

Mujer: Sí, para eso tú crees que estoy. Sinvergüenza! Para cuidar los hijos de esas mujercuelas. Pero te equivococas. No lo voy a aguantar.

Hombre: Ya te, vere, comiéndote los a besitos. Los tendras hasta metidos debajo de la falda, como me tenias a mí.

Mujer: Créete tú eso. Hoy soy una vieja y ya no sirvo para nada, ni para eso. Estoy hecha un guijapo. Mis manos tienen callos, son asperezas. Han trabajado mucho para ti...! Que vida tan miserable! ¡Que hijos tan mal agradecidos!

Hombre: Todavía tienes zandunga, vieja. Lo que tienes que hacer es irte para la calle a bailar con el Viejo.

Mujer: ¿El Viejo?

Hombre: Cuando no hay pan se come casabe.

Mujer: ¿Oíofé?

Hombre: Oye, vieja, yo creo que a ti te falta un tornillo.

Mujer: ¡El Viejo! El Viejo no es Oíofé.

Hombre: ¡Al carajo con Oíofé! que si Oíofé esto, que si Oíofé lo otro, que si Oíofé lo de más allá. Tu Viejo es Oíofé.

Mujer: (Se pone de pie) ¡Te voy a entrar a galletabasi

Hombre: Vamos, vieja, alegría esa cara y no trates de meterte miedo. Ya estoy demasiado mayorcito para que me vengas con esto. Me voy porque si y lo otro tienes que darlo por terminado.

Mujer: No, antes no era así... No puedo... Sí, lo veo... Estoy gorda, gorda y fea como una lechona vieja... Gorda y fea... Ya no me gustan...

Hombre: Pero vieja, no te pongas así... Claro que te quiero... ¡Eres mi Virgencita del Cobrer! Y si no te gusta el Viejo, hay otros también...

Mujer: ¿Que hombre, ahora, guerra estar conmigo? No te das cuenta? Te entregué mi juventud... No, no te burles de mí... Pero tú sabes que yo, aquí, en la cama, a la medianoche, es como si fuera otra mujer...! El Viejo! ¿Como te atreves a decir tal cosa?

Hombre: Porque se te ha metido eso en la cabeza: que yo soy Oíofé. Y no es cierto. Mira a tu alrededor y veras otros como yo, pero más jóvenes, sin experiencia, y tú podrás ser su maestra. Tu le enseñaras a ser Oíofé. Razona. Piénsalo otra vez. El Viejo está ser.

de Colón... ¡Que historia! ¡Que novelón
radiofónico!

Hombre: La vieja que me daba la teta...
Mujer: Y el niño que se la chupaba toda...

Hombre: Y el otro, que se la venía a quitar, que se
la robaba a la mañana y a la medianoche.
Mujer: Siempre, siempre me quedaba con hambre...

Mujer: ¡Eso no puede ser! El Viejo...

Hombre: No, no era él... Era Olofé (Canta)
Oculé Maya, oculé Maya,
Negra prieta, ¿donde tú estás?
Oculé Maya, oculé Maya,
Negra prieta, ¿donde tú estás?
Oculé Maya, oculé Maya,
Negro prieto, ¿donde tú vas?

Mujer: Ahora no, Olofé, que el nene está dormido...

Hombre: Cabron, desvergonzado, hijo de puta... ¡A mí,
era a mí a quien le pegabas los tarros!
Venta así, en cuero, delante de mí, con el
rabo en alto...

Mujer: (Burlona) Vamos, ¿sabes que sólo te quiero
a tí!

Hombre: Hasta que aquella noche yo lo
deje sin cabeza...

Mujer: ¡Aquella noche? No entiendo, Olofé, ¿que
quieres decir?

Hombre: Era muy fácil de saber... (Acercándose a la
cama) Como venía cantando, se podía oír.
Además, estaba dentro de tí...

Mujer: ¡Que niño tan pícaro! Si tu supieras, algo
me imaginaba yo, porque te gustaba que te
diera muchos besitos... Entonces, ¿era
Olofé?

Hombre: Yo no estaba dormido. Me habla metido en la

Mujer: Pero a mí sí... No será tan fácil terminar
con todo lo demás, porque cuando le empecé a
pegar los tarros contigo...

Hombre: Con el otro... con el de la casa de al
lado... con todo el vecindario...

Mujer: Contigo o con el otro... Ninguno se despegaba
de mí... De aquí no salía nadie, con careta o
sin careta, la noche del carnaval... Y ahora,
así, íte... Enseñarle a las otras lo que
aprendíste conmigo...

Hombre: (Canta): Oculé Maya, oculé Maya,
Negra prieta, ¿donde tú vas?

Mujer: Sí, canta, bala, diviértete, ponte la
música... "Negra prieta, ¿donde tú estás?"
Burlate de mí... Pero, hijo, neno, machón,
eso se oye, se escucha todos los días... En
la bodega de Pancho, en la carnicería de
Felipe, en la quincaja de Paulina... La
novela del mediodía... La marquesa... que se
los pega al senador... con el chofer... El
chulito que sube como la espuma y se hace
representante por la oposición... El
ginecólogo que se acuesta con la condesa, con
la hija y con la enfermera... El abogado que
vive con la secretaria... La senorita que
dejó de serlo por una visita inesperada de un
tamalero... Lo que yo digo... Lo de todos los
días... Y después, adios, si te he visto no
me acuerdo... ¿Acaso no me lo has dicho
muchas veces? Lo sé... Me lo sé de
memoria... La escena de los celos... Que sí,
hay una senorita decente, de buena familia,
la hija del alcalde, a la que por un
descuido has preñado... Una encerrona, en
fin... ¿Que puede hacerse? Que si antes te
burlabas de él, el Viejo, y ahora te burlas
también de mí... No, no me lo digas si no
quieres... Aquí hay espejos, ¿sabes? Me
puedo ver, cosa linda, chulito de mala
muerte... Antes se los pegabas a él, ahora
me los pegas a mí... El cabron, la cabrona y
el chulo de a peseta que acabo en Caballero

Mujer: cama para despertarme y cuando empezó a
sibar "negra prieta, ¿donde tú estás?" yo
empecé a dejarlo sibar por mi boca...

Mujer: ¿Tú? Entonces, por eso, lo tenía tan cerca?
Y él, que no es bobo, ¿no se daba cuenta?

Hombre: No, porque le gustaba tanto que mientras más
me gustaba a mí más se creía que era Olofe.

Mujer: ¡Que immoralidad! ¡Que historia tan
indecente!

Hombre: (Esta ya en la cama) ¿Comprendes? Si yo
hacia aquello, contigo, era entonces yo el
que se los pegaba a Olofe...

Mujer: Y yo, así, de inocente, sin darme cuenta,
las mujeres, como siempre, somos juguete en
manos de los hombres...

Hombre: Claro, pero lo escuchabas tan cerca que se
te iba metiendo dentro. Y yo lo sentía todo
igual, idéntico, porque en tu carne ya se
había metido Olofe pero esta vez yo era
Olofe y todo el aire que se respiraba en el
cuarto era el aire de Olofe.

Mujer: ¡Que locura! ¡Que cuento de caminos! ¡Santo
Dios! ¡La negra Conga vuelve otra vez con su
teología yorubá! Chismes, mentiras,
superficciones, habladurías de la gente! ¡Tu
abuela era negra, tinta y retinta, pero tu
abuelo era blanco y rebelante, católico,
apostólico y romano. ¿Como puedes hacerle
eco de esas historias de Olofe?

Hombre: Cuando te quedaste dormida...

Mujer: Imposible. ¿Quién cantaba la canción de
cunat? ¿Eras tú o era yo? Y, además,
piénsalo bien, en aquel tiempo, eras muy
pequeno... Yo te banaba y yo sabía que eras
muy pequeño... Imposible, imposible... No
podiste ser Olofe...

Hombre: (Sacando la navaja y colocándose la al
cuello) Eso lo sabía yo, pero yo tenía la
navaja, y él que tuviera la navaja iba a ser
Olofe.

Mujer: ¡No, no, eso no puede ser!

Hombre: Yo me había visto al espejo y había visto a
Olofe. El tenía lo que yo quería
tener... (La acaricia con el filo de la
navaja).

Mujer: (Riendo). ¡No, no, lo que yo quería tener!
(Lo acaricia, hasta quitarle la navaja. A
partir de este momento el juego de la navaja
se repite una y otra vez, sexual y
amenazante, a discreción del director).

Hombre: Cuando entro en el cuarto hizo lo de
siempre. Como siempre estaba desnudo no
tuvo que quitarse la ropa.

Mujer: Es cierto. Son costumbres de Olofe. Malas
costumbres de Olofe.

Hombre: Cuando abrí la puerta todo estaba a oscuras.
Yo, que había estado contigo, tenía tu
perfume y todo tu perfume era el perfume de
Olofe, ¿comprendes? No nos podíamos
reconocer.

Mujer: Acabaras mintiendo. Acabaras diciéndome que
quería acostarme contigo y que tu querías
acostarte con Olofe.

Hombre: Yo quería lo que tenía él.

Mujer: Esa no es razón suficiente.

Hombre: Sí, porque con lo que él tenía yo te podía
tener.

Mujer: (Suspirando) ¡Lo que tiene Olofe! Ay, quien
tuviera aquí lo que tiene Olofe! No, no lo
entiendes, no puedes entenderlo... ¿Quién
puede comprenderlo? Porque es anterior a

!Matame, tríturame, acaba conmigo!

Hombre: ¡Oye! Escuchame! Aquella noche... Cuando tú creías que yo estaba dormido... (Enseñando la navaja) Afilada, cortante, en el cuerpo me la había escondido. Y cuando me acerqué, creyéndose que eras tú... El muy canalla... El muy hijo de puta... En la cama... Así... Con las piernas abiertas... (Le da una vuelta por los cabellos. Ella queda sobre él, El queda con la cabeza hacia atrás, caída y distorsionada hacia el público). Entiende, entiende de una vez. No lo reconociste, porque cuando tú llegaste ya yo tenía puesto lo que no tenía Olofe.

Mujer: No, yo soy Olofe. (Ella levanta un brazo que tiene libre. El la tiene agarrada por los cabellos, pero como la cabeza esta caída hacia atrás, no puede verla. En el brazo ella tiene la navaja de Olofe).

Hombre: Entiende, entiendo de una vez. ¡Yo tengo lo que no tiene Olofe! Ahora es mío. Ahora lo tengo yo. Ahora yo soy, para siempre, el hijo de Olofe. ¿No lo ves? ¡No lo reconoces! Es Olofe!

Mujer: Es mío y ya no puedes íte. ¡Yo soy la que tiene lo que tiene Olofe! ¡Yo soy la tierra y el cielo! ¡Yo tengo la espada de Olofe! (Baja el cuchillo y castra a Olofe)

Seminario Multidisciplinario
José Emilio C. Morales
1306691
SMJFC
Facultad de Humanidades

El... Todas las noches, antes que tú vinieras al mundo, ya existía Olofe... Eso te lo he explicado una y otra vez... Cuando rezabas por las noches... Cuando le rezabas a Olofe... Comprende, era papa Olofe...

Hombre: Cada oración, cada palabra, cada letra, me inclaba contra Olofe... Me dormías con los rezos, pero entre sueños yo lo podía ver...

Mujer: (riendo) Olofe, ahora no, Olofe! Que me duela la cabeza, Olofe! Luego, luego, Olofe!

Deja esa cosa, Olofe! Que viene el Viejo, Olofe! Sigue! Dejáme! Sigue, sigue, Olofe! ¡No, no te vayas, Olofe! (Mirándolo, saliendo del éxtasis que representa la evocación). No, no puedes comprenderlo. Porque, no creas, ni siquiera tú... Ni siquiera tú has podido... has podido como Olofe... Y no lo digo por ofender.

Hombre: (Sacudiéndola) Comprende, comprende de una vez, yo tenía la navaja para hacer mío lo que tú querías de Olofe!

Mujer: (riendo) ¿Ahora? ¡No, no, Olofe, si lo haces te vera Olofe, que esta adentro, ahí, Olofe! Por favor, hazlo por Olofe, que nos esta mirando en el espejo... ¿Ahora? ¿Delante? ¡No, no puedo...! ¡Pero es Olofe, tu propio hijo Olofe! Me da pena, me da vergüenza! ¡No me desnudes enfrente de Olofe, Olofe! Cuando se acostaba conmigo, te creaba a ti, Olofe.

Hombre: (Violentísimo, como si alguien estuviera ante el espejo). ¡Cabron, cabroncito, hijo de puta, que se te ven los tarros!

Mujer: ¡No, no te pongas así, Olofe!

Hombre: (A ella) ¡Canalla! ¡Hija de puta!

Mujer: (Violento, el la sacude brutalmente, pero esto no hace mas que acrecentar su voluptuosidad). ¡Así, duro, fuerte, Olofe!